

El autor de *Las cosas que no nos dijimos*

MARC LEVY

LOS LÍMITES DE NUESTRO INFINITO

SANTA FE
57 MILES



MARC LEVY

LOS LÍMITES DE
NUESTRO INFINITO

Traducción de
Isabel González-Gallarza

 Planeta

Título original: *Une autre idée du bonheur*

© 2013, Marc Levy / Versilio

www.marclevy.info

© por la traducción, Isabel González-Gallarza, 2015

© Editorial Planeta, S. A., 2015

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.editorial.planeta.es

www.planetadelibros.com

Primera edición: mayo de 2015

ISBN: 978-84-08-14157-0

Depósito legal: B. 6.795-2015

Composición: Fotocomposición gama, sl

Impresión y encuadernación: Black Print, C. P. I.

Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Al conocer a Milly, cabría pensar que es un poco rock'n'roll. Es su parecido con Patti Smith de joven lo que suscita esa primera impresión, pero es sólo un aire que ella se da. La vida de Milly no tiene nada de rock'n'roll. Cuando está sola, lo cual ocurre a menudo, escucha música clásica a todo volumen, porque sólo Bach, Grieg y Glenn Gould consiguen ahogar el eco de su soledad.

Milly Greenberg se marchó de Santa Fe después de obtener una beca de la Universidad de Filadelfia. Tres mil quinientos kilómetros y seis estados separaban su ciudad natal de aquella en la que vivía ahora, una distancia que Milly había querido poner entre su vida de adolescente y su vida de adulta. Y, sin embargo, se había aburrido casi tanto en sus clases de Derecho en Pensilvania como durante su infancia en Nuevo México. Las tres cosas que la habían animado a proseguir sus estudios eran la vida que le ofrecía el campus, que allí había hecho un amigo de verdad y que, pese a su carácter, no siempre fácil, sus profesores la habían apreciado. Milly no se había integrado nunca en esos grupos de chicas que se pasaban el día coqueteando.

do, maquillándose sin descanso entre clase y clase, pendientes de la actualidad de los famosos de moda en ese momento, cuyas extravagancias y desventuras juzgaban más apasionantes que el destino del mundo. Tampoco había frecuentado a esos chicos que sudaban su exceso de testosterona en los campos de deportes, con sus músculos exagerados, sus cascos y sus mejillas pintadas con los colores del equipo universitario de fútbol americano. Milly había sido una alumna invisible y estudiosa, lo cual, teniendo en cuenta que el Derecho la aburría mortalmente, dejaba patente su determinación de llegar a algo en la vida. A qué, Milly aún no lo sabía, pero lo que sí sabía era que un destino la aguardaba, un destino que algún día acabaría por revelarse.

Al final de su segundo ciclo de estudios, la universidad rechazó renovarle la beca, pero le propuso un trato que la señora Berlington calificó de «intercambio de buenos procedimientos», a saber: colaborar en el servicio jurídico de la universidad como becaria adjunta (dicho servicio se componía únicamente de la señora Berlington) a cambio de una retribución de cinco dólares por hora, seguro médico y alojamiento. Milly aceptó sin dudarle un momento. No por el interés del empleo, ni por el salario, por supuesto, sino por poder seguir en el campus. Ya se había acostumbrado a su vida allí.

Aún hoy, a Milly le gustaba desayunar en el café Tuttleman, cruzar la gran extensión de césped a las 8.53 y pasar por delante de la biblioteca Gutman a las 8.55 antes de entrar en el edificio administrativo, donde su jornada laboral empezaba a las 8.57. A las 11.50 pedía por ordenador un

sándwich de pastrami para la señora Berlington. A las 12.10 volvía a cruzar el césped hasta la cafetería del Kambar Campus Center, recogía el sándwich de la señora Berlington y una ensalada primaveral para ella, y regresaba por el camino de circunvalación, lo que le permitía volver a pasar por delante de la biblioteca. Almorzaba sentada frente a su jefa y volvía a su puesto de trabajo a las 12.30. A las 15.55 guardaba en el cajón de su escritorio el bloc en el que había apuntado las notas que le había dictado la señora Berlington, dejaba encima el marco de fotos de metal plateado desde el que le sonreía su abuela, cerraba el cajón con llave y se marchaba a las cuatro en punto.

Entonces Milly cruzaba el campus por última vez, para llegar al aparcamiento, donde retomaba posesión de lo único que demostraba que no era una empleada tan convencional: un Oldsmobile descapotable de 1950, propiedad de su abuela, que se lo había regalado unos años antes de que Milly se marchara de Santa Fe. Ese coche, que cuidaba con el esmero propio de un coleccionista, debía de costar hoy en día unos ochenta mil dólares. El descapotable, salido de las fábricas Oldsmobile tres decenios antes de que ella saliera del vientre de su madre, representaba en caso de apuro un auténtico seguro de vida. Una vida de la que, a punto de cumplir treinta y un años, Milly no tenía queja alguna.

A las 16.06, Milly se sentaba al volante, encendía la radio y se soltaba la melena antes de arrancar el motor V8 y escucharlo añadir unas cuantas notas bajas a una fuga de Bach, una sinfonía de Mendelssohn o cualquier otra pieza clásica.

A partir de ese momento, Milly sí que se volvía un poco rock'n'roll. Con el cabello al viento, hiciera el tiempo que hiciese, salvo si llovía, conducía hasta la gasolinera del 7-Eleven, donde saciaba su sed con una Coca-Cola que le costaba dos dólares setenta, y la de su coche con ocho litros de gasolina a siete dólares treinta. Cada tarde, mientras veía desfilan los números por la pantalla del surtidor, contaba los minutos dedicados a pasar a limpio los informes de la señora Berlington. Diez dólares gastados en cinco minutos, que equivalían a treinta mil caracteres tecleados durante la mañana. El resto de su salario le alcanzaba para pagarse la cena —como el sándwich de la señora Berlington corría a cuenta del servicio jurídico, Milly no había tardado en convenir con el empleado del Kambar Café que el precio del pastrami se incrementara con el de una ensalada primaveral— y algo de ropa, para ampliar su colección de discos, ir al cine los sábados y, sobre todo, para el mantenimiento de su Oldsmobile.

El empleado del Kambar Café se llamaba Jo Malone, un apellido que parecía inventado pero era real. Su verdadero nombre era Jonathan, pero «Jonathan Malone» no sonaba tan bien a juicio de Milly, cuyo oído musical era infalible. Jo, bautizado gracias a ella con un nombre digno de un personaje de película de gánsteres, era un joven de elegante silueta al que la naturaleza había dotado con un talento de poeta. Porque ¿acaso no conseguía, por arte de birlibirloque, prepararle a Milly cada día, fuera cual fuese la estación del año, una maravillosa ensalada primaveral?

Jonathan Malone estaba locamente enamorado de una tal Betty Cornell, que jamás se habría dignado mirar siquiera al empleado de una cafetería, ni aun cuando éste hubiera devorado toda la obra de Corso, Ferlinghetti, Ginsberg, Burroughs y Kerouac, y Jo se la sabía casi de memoria. Jo Malone se esforzaba por poner algo de poesía en unos sándwiches y unas ensaladas a cinco dólares cincuenta, con la esperanza de poder continuar algún día sus estudios y enseñar el maravilloso mundo de las palabras a unas chicas cuyos ídolos eran Britney Spears, Paris Hilton y ciertas modelos anoréxicas. Milly le había dicho muchas veces que tenía alma de evangelizador, y que su religión era la literatura.

Al dejar atrás la gasolinera, Milly tomaba la autopista 76 y pisaba el acelerador hasta la siguiente salida, que la llevaba hasta su casa.

Milly vivía en una casita de madera en Flamingo Road, justo detrás del depósito de agua de su barrio. Era un arrabal sin pretensiones, pero con cierto encanto. La ciudad terminaba en Flamingo Road, y allí empezaba el bosque.

Por las noches Milly leía, salvo los viernes, día en que invitaba a Jo a cenar a su casa. Veían juntos un episodio de una serie que les gustaba a ambos: una abogada, esposa de un futuro senador, veía cómo su vida se iba al garete al desvelar la prensa la relación de su marido con una prostituta.

Al final del episodio, Jo le leía en voz alta los poemas que había escrito durante la semana. Milly lo escuchaba atentamente y luego lo obligaba a una segunda lectura,

acompañada esta vez de una pieza musical elegida en función de los textos.

La música era lo que los unía desde que se habían conocido, había sido incluso el origen de su encuentro.

Para ganarse un dinerito, Jo tocaba el órgano en la iglesia. Como cobraba un fijo de treinta y cinco dólares por celebración, le encantaban los entierros.

Las bodas son larguísimas, los invitados tardan en acomodarse en los bancos, la novia se hace esperar, las promesas se eternizan, y hay que seguir tocando hasta que los novios y los invitados hayan salido de la iglesia. Los funerales tienen la ventaja de que los muertos siempre son puntuales. Además, como el cura soportaba mal la compañía de un ataúd, se saltaba alegremente párrafos enteros de su breviario y liquidaba la misa en treinta y cinco minutos cronometrados.

A un dólar por minuto, era un trabajo de oro, y Jo, que no era el único músico al que el cura llamaba para acompañar sus oficios, no se perdía la sección necrológica dominical para ser el primero en apuntarse en la agenda semanal de la parroquia.

Un miércoles por la mañana, durante un funeral, justo cuando empezaba a tocar una fuga de Bach, Jo se fijó en una joven que entraba en ese momento en la iglesia. La ceremonia tocaba a su fin, los fieles empezaban a levantarse para dar su último adiós a la señora Ginguelbar, la tendera, que había muerto de la manera más tonta, porque una pila de cajas de sandía, el doble de alta que ella, se le había caído

encima y le había aplastado el pecho. La pobre señora Ginguelbar no había muerto en el acto, su agonía debía de haber sido terrible, pues se había pasado una noche entera asfixiándose bajo un montón de cucurbitáceas, hasta exhalar el último suspiro.

La llegada de Milly, que llevaba la melena suelta e iba vestida con unos pantalones vaqueros y una camiseta escotada, había llamado la atención de Jonathan, de tanto como desentonaba con el resto de los congregados. El organista tiene el privilegio, desde su posición elevada, de ver a la perfección todo lo que ocurre en la iglesia.

Aún hoy, cuando Milly se deprimía, Jo la animaba contándole alguna sabrosa anécdota de la que hubiera sido testigo. Manos juguetonas que levantaban una falda o acariciaban un pantalón, vecinos habladores que susurraban sin prestar atención a la ceremonia, cabezadas flagrantes, cabezas que se volvían al paso de una mujer, aunque lo contrario ocurría también, y con más frecuencia de lo que se cree, y carcajadas incontenibles cuando el cura, que tenía un fuerte frenillo, invocaba a *Nuestro Señor Todopoderoso* y a *zu micericordia*. Nada escapaba a Jo, ni siquiera las biblias que ocultaban un móvil o un libro.

Ese miércoles, nada más cerrarse las puertas de la iglesia, Jo bajó corriendo la escalera de caracol que desembocaba junto al confesionario. La joven se había quedado sentada sola en un banco, mientras el cortejo acompañaba a la señora Ginguelbar al cementerio contiguo a la sacristía.

Se sentó a su lado y por fin rompió el silencio pregun-

tándole si era allegada de la difunta. Milly reconoció que no la conocía de nada y, antes de que Jo la interrogara sobre el motivo de su presencia allí, ella le dijo que tocaba muy bien, que le gustaba su sensibilidad y su manera de interpretar a Bach. Ese minuto marcó el final de dos soledades: la de Jo, que nunca había oído comentarios tan bonitos sobre su manera de tocar, y la de Milly, a la que nunca le había apetecido trabar amistad con nadie desde que vivía en Filadelfia.

Jo la cogió de la mano para llevarla hacia la escalera de caracol. Milly se maravilló al descubrir la vista de la nave desde el altillo. Jo la invitó a apoyar la espalda sobre los tubos del órgano que trepaban por la pared, se instaló frente al teclado e interpretó una tocata en re menor.

Milly sintió que la música le atravesaba el cuerpo y penetraba en su corazón, que el compás le latía hasta en las venas. La sensación de que las notas recorrían su cuerpo era divina. Por desgracia, la llegada del cura interrumpió el concierto privado. Extrañado de no encontrar silenciosa su iglesia, subió a su vez al altillo. Al descubrir a Milly con la espalda pegada a los tubos, la boca abierta y expresión exaltada, puso la cara de un exorcista ante el demonio. Jo dejó de tocar y, cuando el cura le preguntó quién era la joven que estaba a su lado, masculló una explicación que resultó ininteligible.

Milly le tendió la mano al cura para saludarlo y afirmó, con un aplomo que dejó pasmado a Jo, que era su hermana. Frunciendo el ceño, el cura dejó los treinta y cinco dólares de Jo en un banco y les pidió que se marcharan.

Una vez fuera, Jo, que aún se llamaba Jonathan, invitó a Milly a almorzar.

Diez años después, todavía iban de vez en cuando a dejar un ramo de tulipanes en la tumba de la señora Ginguelbar, para conmemorar el aniversario de su primer encuentro.

Milly había vivido una gran aventura que la había acercado más a Jo. Tenía que ver con su trabajo.

El servidor informático del campus había sido pirateado. El rector de la universidad sospechó que había una anomalía, y los estudiantes abordaron los exámenes semestrales con una tranquilidad del todo inhabitual. Más inhabitual aún fue que los profesores se mostraran incapaces de poner ninguna nota inferior a ochenta sobre cien. No tardó en descubrirse que alguien había tenido acceso a las preguntas de los exámenes.

Hasta entonces, el servicio jurídico de la universidad sólo había tratado asuntos muy banales como verificaciones de pólizas de seguros, peticiones de certificados varios o la redacción de notas administrativas de toda índole (al rector le encantaba emitir notas para regular el comportamiento de los alumnos en el campus, esencialmente para establecer todo lo que estaba prohibido). Por ello, cuando irrumpió en el despacho del servicio jurídico para anunciar que la universidad se disponía, por primera vez en la historia, a presentar una denuncia —por lo penal por añadidura—, la tensión arterial de la señora Berlington alcanzó niveles paroxísticos, por encima incluso de la media de las notas de los alumnos en los parciales.

Redactar la denuncia no le llevó más de media hora a la señora Berlington, y otro tanto a Milly pasarla a limpio.

Ambas —pero sobre todo la señora Berlington— habrían preferido que ese trabajo las ocupara un poco más, un tiempo que justificara plenamente la gravedad de los hechos a ojos del rector. Decidieron, por un acuerdo tácito, esperar varios días antes de informarle de que habían llevado a cabo su misión, y de que el servicio jurídico estaba preparado para emplearse a fondo contra los piratas sin ley que habían atacado el sistema.

Durante tan peculiar semana, cada vez que Milly se cruzaba con el rector por un pasillo, ponía la cara afligida de una empleada que se hacía plenamente cargo de la dramática situación por la que atravesaba la universidad, lo que al final había acabado por valerle a cambio el esbozo de una sonrisa, sonrisa contrita pero sonrisa al fin y al cabo. ¡Aleluya!

Y mientras la señora Berlington volvía en secreto a sus ocupaciones habituales, Milly, que se aburría como nunca, decidió llevar a cabo su propia investigación.

Jo Malone era poeta y, también, el profesor en ciernes que todo alumno soñaría con tener al menos una vez en sus estudios; pero era también muy hábil con distintos tipos de teclado: los de órganos, pianos y claves, y los de los ordenadores. Si había alguien en el entorno de Milly —que, para ser sinceros, no se componía más que de la señora Berlington, el rector de la universidad, la señora Hackermann, su vecina de Flamingo Road y Jo— que pudiera ayudarla a descubrir la identidad de aquel o aquella que había robado las preguntas de examen, ése era Jo, su único amigo de verdad.

El martes siguiente al descubrimiento de la tropelía, Milly y Jo se aventuraron en una expedición nocturna, al

margen de la ley desde luego, pero llevada a cabo en el marco de una investigación que, si llegaba a buen puerto, beneficiaría a la universidad.

Milly regresó al campus a las 20.30, hora en la que Jo terminaba su jornada, y estacionó su Oldsmobile en el aparcamiento. Él se reunió allí con ella, y Milly le permitió fumarse un cigarrillo en su coche, con la capota bajada pero la ventanilla abierta. Aguardaron media hora en completo silencio antes de tomar por el camino que bordeaba la biblioteca, el menos iluminado de todos. Gracias a la tarjeta magnética de Milly, no tuvieron ninguna dificultad para entrar en el edificio administrativo donde se encontraba la sala de ordenadores. Jo había decidido actuar in situ. Si la policía se tomaba la denuncia en serio y llevaba a cabo su propia investigación, todo intento de acceso al servidor desde el exterior sería fácil de rastrear. Así pues, no se planteaba siquiera proceder desde su ordenador personal, ni desde alguno de los cibercafés de la ciudad, los cuales, por razones de seguridad nacional, disponían ya todos de cámaras de vigilancia.

Jo, cuya sagacidad dejaba pasmada a Milly, sospechaba que el pirata habría tenido el mismo razonamiento que él. En esa clase de ciberataque, la mejor manera de no dejarse atrapar era engancharse directamente al animal cuya sangre se quiere chupar, como las garrapatas que, como todo el mundo sabe, prefieren los perros a los discos duros de ordenador.

Recorrer el pasillo de la planta baja, sumida en la oscuridad, les dio muchísimo miedo. Tuvieron que avanzar sin

ruido, entre las 21 y las 21.30, la media hora durante la cual los limpiadores se encontraban en las plantas superiores.

Con una linterna entre los dientes, Jo abrió la puerta de la sala de informática, buscó el lugar adecuado para conectarse al ordenador y empezó a teclear. Comprobó la memoria del servidor, identificó el día y la hora del delito y encontró la prueba irrefutable de que alguien se había colado en el sistema. Seguramente el pirata había sido interrumpido y se había puesto nervioso, pues se había dejado la prueba del delito. Las preguntas de examen habían transitado desde el servidor hasta una memoria USB equipada con un emisor Bluetooth. Jo se burló de la incompetencia de los informáticos de la universidad, que no la habían descubierto antes que él.

—Eran al menos dos. Uno estaba aquí, y el otro, fuera, probablemente escondido debajo de una ventana: estos chismes no tienen mucho alcance —susurró Jo extrayendo el objeto del delito.

Milly dedujo que era muy probable que el pirata hubiera dejado huellas; Jo no tendría más que introducirse en el servidor de la policía para descubrir su identidad. Él la miró, no sin asombro, y sonrió, enternecido de que lo creyera capaz de tal proeza. Con un plan más sencillo en la cabeza, se echó la memoria USB al bolsillo, consultó su reloj y le indicó a su amiga que debían irse.

En el camino de vuelta tuvieron que refugiarse precipitadamente en el despacho donde trabajaba Milly y esconderse debajo de la mesa de la señora Berlington. Uno de los empleados del servicio de limpieza había modificado su

rutina y estaba pasando la pulidora por el suelo de linóleo del pasillo, bloqueándoles la salida. Agachados debajo de la mesa, los dos amigos contuvieron el aliento. Pero la situación se volvió insostenible cuando Milly se quitó de la espalda un objeto que se le clavaba en los riñones, y descubrió a continuación que se trataba de una zapatilla de fieltro de cuadros escoceses. La imagen de la señora Berlington, con su aire sentencioso y su expresión seria, calzada con esas zapatillas, le provocó una carcajada incontenible que a Jo le costó Dios y ayuda ahogar con la mano. Fue la única vez que hubo tensión entre ellos. Su amistad no había conocido ninguna antes, ni conoció ninguna después. Pero Jo sintió la lengua de su mejor amiga recorrer la línea de la vida de la palma de su mano. Intercambiaron una mirada perpleja en la penumbra, agachados debajo del escritorio de la señora Berlington, hasta que Milly le dijo que ya no oía ningún ruido en el pasillo y que podían salir corriendo.

De regreso en casa de Milly, Jo metió la memoria USB en su ordenador y lo torturó a base de algoritmos hasta sacarle la contraseña de su propietario. Entonces le anunció a su amiga con orgullo que no tardaría en descubrir la identidad de los culpables.

Al día siguiente, instalado detrás de su mostrador y equipado con su móvil, Jo inició un proceso de conexión a distancia cada vez que un estudiante entraba en la cafetería del campus. Como la gran mayoría iba al Kamar al menos una vez al día, no le llevó mucho tiempo establecer que Frank Rockley era uno de los dos piratas. Jo esbozó una sonrisita, saboreando su descubrimiento. Frank Rockley

era el capitán del equipo de béisbol de la universidad, y Jo tenía curiosidad por saber qué haría el rector al enterarse del nombre del culpable a tres meses del campeonato interuniversitario, el acontecimiento más importante para la reputación y las finanzas del centro.

Le extrañó que esa revelación no alegrara en absoluto a Milly. Imaginaba que al menos soltaría la carcajada, pero su expresión al enterarse fue de tristeza, y Jo no pudo evitar preguntarle por qué.

Milly le confió entonces un secreto que le pesaba. Ella, que no sentía más que desprecio por esos chicos que se tomaban el deporte como una droga y a los que tildaba, injustamente la mayoría de las veces, de bestias ignorantes, había empezado a sentir algo por Frank Rockley.

—Son sus ojos —le reconoció en el banco en el que se habían sentado juntos—. Hay algo en su mirada, el reflejo de una infancia triste. Me he enterado —añadió— de que es su padre quien le exige que destaque, cuando a él lo que le gustaría sería unirse a una ONG y marcharse a descubrir mundo.

—Y eso, ¿cómo lo sabes? —le preguntó Jo, pensando en la emoción que había sentido la víspera debajo del escritorio de la señora Berlington y felicitándose por no haberle dicho nada a Milly.

—Una tarde, cuando me disponía a meterme en el coche, se acercó y me dijo que le parecía muy elegante. Lo que me llamó la atención fue que él empleara esa palabra. *Elegante* es una palabra bonita, ¿verdad? Estuvimos hablando un momento, creo que esa tarde se sentía triste. La semana siguiente volvimos a cruzarnos en la secretaría y nos sonreímos. Nos tomamos un café...

—No en mi cafetería —la interrumpió Jo.

—No —contestó Milly—, era una mañana, fuimos al Tuttleman; total, que me contó su historia, y me di cuenta de que...

—¿De que te gustaba?

—Algo así, sí.

—¿Se lo has dicho a él?

Milly le dio un empujón.

—Fue sólo algo pasajero, tampoco había que darle importancia.

Jo le preguntó si pensaba denunciarlo, y Milly le recordó que no era policía, ni él tampoco. Además, tendrían serias dificultades para explicarle al rector cómo habían desenmascarado al pirata.

—¿Quieres saber quién era su cómplice?

—¿Lo conoces?

—*La* conozco —precisó Jo.

—¡Ah! —murmuró Milly, poniéndose en pie.

—Si tan poco te interesa, entonces, ¿por qué nos hemos lanzado a esta aventura?

Por toda respuesta, Milly le dio las gracias a Jo con un beso en la mejilla, le aseguró que había pasado una velada de lo más emocionante y que su escapada nocturna sería siempre uno de sus mejores recuerdos. Y, como si no pasara nada, quedó con él al día siguiente para ir al cine, aunque no hiciera ninguna falta, pues se veían todos los sábados en la puerta del multisalas de West Ridge Pike.

Mientras contemplaba alejarse a Milly, Jo volvió a pensar en el día en que la había visto por primera vez en la iglesia.